

FERNANDO J. ORTEGA

---

## EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO

### Una aproximación a partir de los discursos de Juan XXIII y Pablo VI<sup>1</sup>

#### RESUMEN

En este texto el autor nos ofrece una aproximación al Concilio Vaticano II desde la perspectiva de los discursos de Juan XXIII y Pablo VI, en diálogo con la reflexión eclesiológica de Ghislain Lafont. A una distancia de medio siglo del acontecimiento del Concilio, intenta señalar la profundidad evangélica de los pontífices y la matriz teologal del Vaticano II. Asumiendo lo diverso y novedoso del contexto actual, estos aportes ofrecen, finalmente, desde el Concilio, algunas sugerencias para la Nueva Evangelización.

*Palabras clave:* Concilio Vaticano II – Eclesiología – Ghislain Lafont

#### ABSTRACT

In a dialogue with the ecclesiological reflections of Ghislain Lafont, in this text the author approaches the Second Vatican Council from the perspective of the discourses of John XXIII and Pius VI. At the distance of half a century since the Council took place, he endeavors to point out the evangelical profundity of the Pontiffs and the theological matrix of Vatican II. Finally, assuming the diversity and novelty of the present context, the contribution offers, from the Council, some suggestion for the New Evangelization.

*Key words:* Second Vatican Council – Ecclesiology – Ghislain Lafont

1. Discurso en la Facultad de Teología de la Universidad Católica Argentina en la apertura del Año académico 2011.

FERNANDO J. ORTEGA

Queridos estudiantes y profesores: al empezar el anterior año académico 2011, expresé mi deseo de que nuestro estudio serio y esforzado de la teología se pudiese realizar siempre en la humildad, es decir, como teología orante, amante, consciente de sus límites, admirativamente abierta al exceso del Dios siempre mayor, capaz de discernir en el presente el “ya pero todavía *más*” de su inagotable promesa. Hoy, un año después, y ante la perspectiva de la celebración de los 50 años de la apertura del Concilio Vaticano II, veo transparentarse con claridad en ese deseo el eco de muchas enseñanzas recibidas en esta casa de estudios, enseñanzas inspiradas por el acontecimiento del Vaticano II, y que llegaban hasta nosotros de la mano de venerables profesores que nos introdujeron en el descubrimiento de los tesoros encerrados en los textos conciliares y en el estilo de hacer teología que los mismos inauguraron, y que implicó para ellos una profunda y verdadera renovación. En el inicio del presente año académico quiero referirme al Concilio, contemplándolo desde la perspectiva que nos brindan los discursos de Juan XXIII y Pablo VI.

Las siguientes consideraciones no pretenden ser entonces una síntesis de los principales temas abordados por el Concilio Vaticano II, ni un comentario a sus grandes documentos, como tampoco una evaluación de su recepción, medio siglo después de su apertura. Esos temas, y otros más, los abordaremos, con la ayuda de Dios, a lo largo del presente año lectivo, por medio de diversas actividades que anunciaremos oportunamente. Mi actual reflexión está más bien orientada a captar y expresar, hasta donde eso me sea posible, la renovación que, a través del corazón y la mente de sus dos pontífices, Juan XXIII y Pablo VI, el Espíritu Santo comunicó a todo el cuerpo como dinamismo de saludable conversión y de apertura a horizontes y temas insospechados, provocando un notable cambio de mentalidad en la Asamblea a medida que avanzó el desarrollo del Concilio. Es claro que el Vaticano II significó para estos dos papas un verdadero acontecimiento eclesial, teológico y humano, un acontecimiento que Juan XXIII, al inaugurar solemnemente el Concilio, interpretaba “como un regalo especial de la Providencia divina”.<sup>2</sup> Por su parte, pasada una década de la clausura del mismo, Pablo VI le escribía a Monseñor Lefebvre en

2. N.del A.: El hecho de optar por una consideración de los discursos de Juan XXIII y Pablo VI, y no por un comentario a los textos conciliares, no implica de mi parte privilegiar la “hermenéu-

[EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO]

1976: “El concilio Vaticano II no tiene menos autoridad, e incluso bajo ciertos aspectos es más importante aún que el concilio de Nicea”.

Ante la inmensidad del Vaticano II, fruto maravilloso del Espíritu Santo para la Iglesia y, a través de ella, para el mundo, me limitaré entonces a meditar algunos aspectos de los ocho discursos –dos de Juan XXIII y seis de Pablo VI– con los que estos papas inauguraron y clausuraron cada una de las cuatro sesiones del Concilio ecuménico Vaticano II, entre 1962 y 1965. Citaré pasajes de estos discursos, y me servirán de guía y de apoyo, en el desarrollo teológico de algunos temas, dos libros de Ghislain Lafont: *Imaginar la Iglesia católica*,<sup>3</sup> y su segunda parte, recientemente publicada, *La Iglesia en trabajo de reforma*.<sup>4</sup>

Al compartir con ustedes estas ideas lo hago con el deseo de que la meditación sobre un hecho de tanta trascendencia, como lo es el Vaticano II, nos estimule, a partir de nuestro enraizamiento en su viviente dinamismo espiritual y sobrenatural, en la búsqueda de pistas valiosas, desde nuestra Facultad de Teología, para la Nueva Evangelización. Con esta intención, contemplando el Concilio tal como lo reflejan estos ocho discursos, deseo proponer, a partir de ellos, algunos aspectos que lo caracterizaron, aspectos que buscan poner de manifiesto la *matriz teologal* del Vaticano II.

## 1. Un Concilio animado por la esperanza

En la Carta Apostólica *Porta fidei*, Benedicto XVI, convocando a la Iglesia a celebrar en 2012 el Año de la fe, afirma:

He pensado que iniciar el Año de la fe coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las pala-

tica de la discontinuidad” –a la que se refiere Benedicto XVI– que valora el *espíritu* del Concilio por sobre los *textos*. Pienso, por el contrario, con H. Legrand, que una *historia de los textos* producidos por el Concilio ayuda a “protegerlo” de interpretaciones carentes de fundamento. Para esta cuestión y para la noción del Concilio como “acontecimiento”; cf. H. Legrand, “Quelques réflexions ecclésiologiques sur l’Histoire du concile Vatican II de G. Alberigo”, *Revue des Sciences Philosophiques et Théologiques* (2006) 495-520.

3. G. LAFONT, *Imaginer l’Église catholique*, Paris, Cerf, 2000 (1995<sup>1</sup>).

4. G. LAFONT, *L’Église en travail de réforme*, Paris, Cerf, 2011.

FERNANDO J. ORTEGA

bras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una *brújula segura* para orientarnos en el camino del siglo que comienza» [9].

¿Qué mejor motivación que la que nos ofrecen estas palabras para emprender nuestra reflexión? Si bien pretendo honrar con ella el 50º aniversario de la *inauguración* del Concilio Vaticano II, empezaré haciendo referencia al Discurso de *clausura* en el que el papa Pablo VI, el 7 de diciembre de 1965, afirmaba:

[6] Pero no podemos omitir la observación capital, en el examen del significado religioso de este Concilio, de que *ha tenido vivo interés por el estudio del mundo moderno*. Tal vez nunca como en esta ocasión ha sentido la Iglesia la necesidad de conocer, de acercarse, de comprender, de penetrar, de servir, de evangelizar a la sociedad que la rodea y de seguirla; por decirlo así, de alcanzarla casi en su rápido y continuo cambio. Esta actitud, determinada por las *distancias y las rupturas ocurridas en los últimos siglos*, en el siglo pasado, y en éste particularmente, entre la Iglesia y la civilización profana... ha estado obrando fuerte y continuamente en el Concilio.

El tema de las distancias y rupturas al que se refiere Pablo VI es clave para comprender adecuadamente el Vaticano II: se trata del conflicto entre la Iglesia y la Modernidad. Haré por lo tanto una breve referencia al mismo.

Según Lafont, se puede hablar de Modernidad a partir del momento en que el hombre y el mundo comenzaron a ser considerados en sí mismos y, en cierta medida, al margen de la condición religiosa de mundo caído y rescatado, definida por la oposición entre Cristo y el Príncipe de este mundo. Se puede decir que hay modernidad cuando las coordenadas de pecado y salvación... dejan de ser las únicas, o las primeras, tenidas en cuenta para definir la existencia humana, o también, cuando se descubre que hay una cierta gestión posible del mundo y de lo humano sin necesidad de hacer una referencia *inmediata* a la dramática de la salvación. Eso significa que la sexualidad, el dinero, el poder, la técnica conquistan un cierto derecho a la existencia autónoma, según leyes tomadas de la realidad misma de los

hombres y de las cosas. La razón humana, artesana del descubrimiento y del uso de esos valores, adquirió así una importancia hasta entonces desconocida.<sup>5</sup>

Con una mirada más crítica, De Lubac sostiene que

la modernidad comienza verdaderamente con la aplicación exclusiva del espíritu científico al estudio del hombre, con el surgimiento de las ciencias humanas y el advenimiento de su monopolio, es decir, con la expulsión de toda reflexión metafísica como también de toda religión (...) y el rechazo de ver en el hombre alguna aspiración trascendente o de admitir que el hombre supera infinitamente al hombre.<sup>6</sup>

Sintetizando esta muy compleja problemática, se puede decir que la puesta a punto de la modernidad, por su novedad y dificultad, requería tiempo para desarrollarse; se trataba de articular la afirmación positiva de los valores creados, con una definición de los adecuados límites que, encauzando el deseo de absoluto que nos es propio, permitiesen a esos valores desarrollarse sin lesionar al hombre, a la sociedad o a la naturaleza. Pero, de hecho, la modernidad que se construyó históricamente resultó de la conjunción entre una percepción justa de la autonomía de los valores, tanto de la naturaleza como del hombre, y un desarrollo perverso, por la falta de una incorporación de justos y necesarios límites.<sup>7</sup>

Sabemos que el siglo pasado mostró trágicamente los frutos amargos de esa perversión, de esa desmesura. De allí la tentación de cuestionar críticamente toda la modernidad, interpretación global negativa que da hoy como resultado una posmodernidad amargamente lúcida, desencantada y aterrorizada a la vez, que reencuentra, pero en modalidad secularizada, el mundo del pecado y de la gracia, también él tentado, a causa del fracaso, de insistir más sobre el mal que sobre el bien. Parece imponerse entonces un cierto clima apocalíptico, como también el sentimiento de que la civilización actual, al menos la occidental, estaría llegando a su fin. Es la crisis posmoderna de la esperanza.<sup>8</sup>

5. Cf. G. LAFONT, *Imaginer l'Église catholique*, 31-32.

6. H. DE LUBAC, *Entretien autour de Vatican II*, Paris, Cerf, 2007 (1985<sup>1</sup>), 71-72.

7. Cf. G. LAFONT, *Imaginer l'Église catholique*, 36.

8. Cf. F. ORTEGA, "La esperanza y la historia. En diálogo con Spe salvi", *Consonancias* 26 (2008) 3-23.

FERNANDO J. ORTEGA

En esta perspectiva –comenta Lafont– uno podría preguntarse si, en su lugar y a su manera, la experiencia del Vaticano II no podría contribuir a instaurar, por el contrario, una esperanza; sin mirar el pasado de modo unilateralmente negativo, ni el presente como esencialmente amenazado, e indicando reformas a realizar y caminos a recorrer para relanzar la historia, y no sólo en la Iglesia.<sup>9</sup>

Asumiendo esta estimulante sugerencia, no estará de más entonces poner de relieve cómo reaccionó el Concilio –en la voz de sus dos papas– ante la tentación del pesimismo. Porque si bien la posmodernidad es un fenómeno que se manifestó abiertamente en época más reciente, ya en tiempos del Vaticano II se vivía en Occidente cierto clima apocalíptico. Oigamos primero la palabra de Juan XXIII en un pasaje de su convocatoria al Concilio, el 25 de diciembre de 1961: “Haciendo nuestra la recomendación de Jesús de saber distinguir los signos de los tiempos, creemos descubrir en medio de tantas tinieblas numerosas señales que nos infunden esperanza en los destinos de la Iglesia y de la humanidad”.<sup>10</sup>

Luego, en el Discurso con el que inauguraba solemnemente el Concilio, el 11 de octubre de 1962:

[9] En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan, a veces, a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas insinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina...

[10] Mas nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos.”

No es que el papa desconociera los males de su tiempo, ni tampoco que se hiciera ilusiones con respecto al hombre, pero eso no logró empañar su mirada esperanzada. Según Lafont, “la benevolencia de Juan XXIII por todo hombre implicaba en él una renovación de la esperanza teológica”.

Por su parte, Pablo VI también contemplaba con dolor el mundo contemporáneo al Concilio. En su primer Discurso, el 29 de septiembre de 1963, confesaba:

9. G. LAFONT, *L'Église en travail de réforme*, 321.

10. JUAN XXIII, *Humanae salutis*.

[EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO]

[48] No termina aquí nuestra amargura. La mirada sobre el mundo nos llena de inmensa tristeza al contemplar tantas calamidades: el ateísmo invade parte de la humanidad y arrastra consigo el desequilibrio del orden intelectual, moral y social, del que el mundo pierde la verdadera noción. Mientras aumenta la luz de la ciencia de las cosas, se extiende la oscuridad sobre la ciencia de Dios y, consiguientemente, sobre la verdadera ciencia del hombre. Mientras el progreso perfecciona maravillosamente los instrumentos de toda clase de que el hombre dispone, su corazón va cayendo hacia el vacío, la tristeza y la desesperación.

Pero al final del Concilio, en el Discurso de clausura, Pablo VI mostró la misma mirada positiva que había tenido su predecesor. Oigámoslo:

[9] ¿Y que ha visto este augusto Senado en la humanidad, que se ha puesto a estudiarla a la luz de la divinidad? Ha considerado, una vez más, su eterna doble fisonomía: la miseria y la grandeza del hombre, su mal profundo, innegable e incurable por sí mismo, y su bien, que sobrevive, siempre marcado de arcana belleza e invicta soberanía. *Pero hace falta reconocer que este Concilio se ha detenido más en el aspecto dichoso del hombre que en el desdichado. Su postura ha sido muy a conciencia optimista.* Una corriente de afecto y de admiración se ha volcado del Concilio hacia el mundo moderno. Ha reprobado los errores, sí, porque lo exige no menos la caridad que la verdad; pero, para las personas, sólo invitación, respeto y amor. *El Concilio ha enviado al mundo contemporáneo, en lugar de deprimentes diagnósticos, remedios alentadores; en vez de funestos presagios, mensajes de esperanza; sus valores no sólo han sido respetados, sino honrados; sostenidos sus incesantes esfuerzos; sus aspiraciones, purificadas y bendecidas.*

Admiremos entonces la seriedad y la grandeza con las que el Concilio encaró el conflicto con el mundo moderno y buscó su superación, al menos por parte de la Iglesia, abriendo así un inmenso y novedoso horizonte de esperanza y de diálogo. Y al escuchar –como lo hemos hecho– las palabras de Juan XXIII y de Pablo VI, no podemos menos que preguntarnos por el motivo más profundo de su actitud reconciliadora y esperanzada. Lo intuimos: la respuesta no puede ser otra sino el amor.

## 2. Un Concilio desbordante de caridad

En un diálogo con Angelo Scola, en junio de 1985, el cardenal De Lubac señala dos textos que, a su juicio, si bien no dicen todo acer-

FERNANDO J. ORTEGA

ca del Concilio, dicen al menos algo fundamental. El primero es un pasaje del discurso inaugural de Juan XXIII, en el que el papa declara, refiriéndose a la actitud de la Iglesia de oponerse con firmeza a los errores: [15] “En nuestro tiempo, sin embargo, *la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que de la severidad*. Pienso que hay que remediar a los necesitados mostrándoles la validez de su doctrina sagrada más que condenándolos.” Según De Lubac, Pablo VI le hacía eco a esta idea en su Discurso de Clausura al afirmar que:

[8] La concepción teocéntrica y teológica del hombre y del universo, como desafiando la acusación de anacronismo y de extrañeza, se ha erguido con este Concilio en medio de la humanidad (...) La religión del Dios que se ha hecho hombre, se ha encontrado con la religión –porque tal es– del hombre que se hace Dios. ¿Qué ha sucedido? ¿Un choque, una lucha, una condenación? Podía haberse dado, pero no se produjo. *La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio*. Una simpatía inmensa lo ha penetrado todo (...) Vosotros, humanistas modernos, que renunciáis a la trascendencia de las cosas supremas, conferidle siquiera este mérito y reconoced nuestro nuevo humanismo: también nosotros –y más que nadie– somos promotores del hombre.

Misericordia y amor compasivo hacia el hombre, a ejemplo de Cristo, el Buen Samaritano. En el caso de Juan XXIII, dice Lafont, su carisma más propio podría expresarse con dos palabras que nos vienen de Carlos de Foucauld: “hermano universal”.

Juan XXIII recibió y puso en práctica el don de amar verdaderamente a todos los hombres (...) se trata de un carisma, en el sentido de que no se trata solamente de la caridad personal de un hombre, sino del don que le fue hecho de poner la reforma de la Iglesia bajo el signo de una nueva percepción de la primacía del amor (...) La práctica de Juan XXIII implica que el *intellectus fidei* reposa sobre un *intellectus amoris*. En efecto, la benevolencia (*amor benevolentiae*) provoca una mirada nueva sobre las personas (...) Creo que la preocupación de Juan XXIII de que el Concilio no hiciese condenaciones sino que, por una parte, presentase la fe de la Iglesia de manera que pudiese ser comprendida, y por otra, acogiese todo lo que es bueno en los «otros», procedía de su carisma de benevolencia y de la economía de la verdad que de allí se sigue. No se trata de renunciar a la verdad o de disminuir su importancia, sino de gestionarla de otro modo, de manera tal que finalmente aparezca mejor.<sup>11</sup>

11. G. LAFONT, *L'Église en travail de réforme*, 156.161-163.



[EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO]

En continuidad con ese primado de la caridad, del amor a todos los hombres, que Juan XXIII logró transmitir al Concilio, Pablo VI, en el Discurso de Apertura de la cuarta y última Sesión del Concilio, el 10 de septiembre de 1965, dedicó la mayor parte de su reflexión a ese tema:

[13] nuestro amor aquí ha tenido ya y tendrá expresiones que caracterizan este Concilio delante de la historia presente y futura. Tales expresiones responderán un día al hombre que se afane en definir la Iglesia en este momento culminante y crítico de su existencia. ¿Qué cosa hacía en aquel momento la Iglesia católica?, se preguntará. ¡Amaba!, será la respuesta. Amaba con corazón *pastoral* (...) ¡La Iglesia es una sociedad fundada sobre el amor y gobernada por el amor! Amaba la Iglesia de nuestro Concilio, se dirá también, amaba con corazón *misionero* (...) [14] Amaba, sí, también la Iglesia del Concilio ecuménico Vaticano II con corazón *ecuménico*, es decir, con franqueza abierta, humildemente, afectuosamente, a todos los hermanos cristianos, todavía ajenos a la perfecta comunión con esta nuestra Iglesia una, santa, católica, apostólica.

Finalmente el papa agregaba:

[16] El amor que anima nuestra comunión no nos aparta de los hombres, no nos hace exclusivistas ni egoístas. Precisamente todo lo contrario, porque el amor que viene de Dios nos forma en el sentido de la universalidad; nuestra verdad nos empuja a la caridad (...) Y aquí, en esta asamblea, la manifestación de dicha ley de la caridad tiene un nombre sagrado y grave: se denomina «responsabilidad» (...) Nosotros nos sentimos responsables ante toda la humanidad. A todos somos deudores (cf. Rom 1,14). La Iglesia, en este mundo, no es un fin en sí misma; está al servicio de todos los hombres; debe hacer presente a Cristo a todos, individuos y pueblos, del modo más amplio, más generoso posible; esta es su misión. Ella es portadora del amor, favorecedora de verdadera paz.

Creo firmemente –afirma Lafont– que el fruto del Vaticano II, después de una larga historia, es finalmente el de hacer prevalecer el tema del amor en la interpretación y la práctica del pensamiento y de la vida cristianas. Dios es Amor y debemos amarnos los unos a los otros, en la luz de este Amor que nos ha comunicado Jesucristo. Por cierto ya lo sabíamos desde antes, pero gracias al Vaticano II, hoy lo sabemos mejor.<sup>12</sup>

Ahora bien, ¿de qué manera la Iglesia del Concilio concretó su benevolencia-caridad-responsabilidad hacia la humanidad, cómo ejer-

12. *Ibid.*, 17.

FERNANDO J. ORTEGA

ció su misión pastoral superando el obstáculo de la distancia que se había abierto, en siglos anteriores, entre la Iglesia y el hombre moderno? El siguiente punto –último de mi reflexión– intenta responder a estas preguntas.

### 3. Un Concilio en busca de un nuevo lenguaje al servicio de la fe

Sabemos que existen hoy dos hermenéuticas mayores del Concilio, que han sido señaladas y tipificadas por el actual papa, Benedicto XVI, en su Discurso a la Curia romana en diciembre de 2005. Para desarrollar adecuadamente el punto que ahora nos ocupa conviene escuchar algunos pasajes de dicho Discurso.

Por una parte –dice Benedicto– existe una interpretación que podría llamar «hermenéutica de la discontinuidad y de la ruptura»; a menudo ha contado con la simpatía de los medios de comunicación y también de una parte de la teología moderna. Por otra parte, está la «hermenéutica de la reforma», de la renovación dentro de la continuidad del único sujeto-Iglesia, que el Señor nos ha dado; es un sujeto que crece en el tiempo y se desarrolla, pero permaneciendo siempre el mismo, único sujeto del pueblo de Dios en camino.

Una vez presentada y criticada la primera hermenéutica, que supone que los *textos* del Vaticano II no serían fiel expresión de su *espíritu*, el papa habla de la otra:

A la hermenéutica de la discontinuidad se opone la «hermenéutica de la reforma», como la presentaron primero el Papa Juan XXIII en su discurso de apertura del Concilio el 11 de octubre de 1962 y luego el Papa Pablo VI en el discurso de clausura el 7 de diciembre de 1965. Aquí –dice Benedicto XVI– quisiera citar solamente las palabras, muy conocidas, del Papa Juan XXIII, en las que esta hermenéutica se expresa de una forma inequívoca cuando dice que el Concilio «quiere transmitir la doctrina en su pureza e integridad, sin atenuaciones ni deformaciones», y prosigue: «Nuestra tarea no es únicamente guardar este tesoro precioso, como si nos preocupáramos tan sólo de la antigüedad, sino también dedicarnos con voluntad diligente, sin temor, a estudiar lo que exige nuestra época (...). Es necesario que esta doctrina, verdadera e inmutable, a la que se debe prestar fielmente obediencia, se profundice y exponga según las exigencias de nuestro tiempo. En efecto, una cosa es el depósito de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerable doctrina, y otra distinta el modo como se enuncian estas verdades, conservando sin embargo el mismo

[EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO]

sentido y significado». Es claro –dice Benedicto XVI– que este esfuerzo por expresar de un modo nuevo una determinada verdad exige una nueva reflexión sobre ella y una nueva relación vital con ella; asimismo, es claro que la nueva palabra sólo puede madurar si nace de una comprensión consciente de la verdad expresada y que, por otra parte, la reflexión sobre la fe exige también que se viva esta fe. En este sentido, el programa propuesto por el Papa Juan XXIII era sumamente exigente, como es exigente la síntesis de fidelidad y dinamismo.

Una vez aclarado, con Benedicto XVI, el sentido de la renovación que propuso el Concilio, volvamos a la frase de Juan XXIII: “Una cosa es el depósito mismo de la fe, es decir, las verdades que contiene nuestra venerada doctrina, y otra la manera como se expresa”. Según Lafont, si hubiese que elegir un aspecto decisivo de la reforma proyectada por el Concilio, él no señalaría inmediatamente cuestiones y prácticas propiamente eclesiológicas, sino *la redefinición del estatuto de la verdad en el cristianismo*, “mediante una nueva elaboración de lo que parece ser dominante en el estatuto mismo de la fe cristiana, y que el Concilio Vaticano II ha revalorizado: su dimensión esencialmente escatológica, sus elementos simbólicos y narrativos, el primado del Libro santo como fundamento último de la regla de la fe”.<sup>13</sup> Por eso dice que “la reforma introducida por el Concilio parece ser ante todo una reforma del *lenguaje* (...) Esto no significa que desaparezca el lenguaje más lógico y metafísico de las fórmulas de la fe (...), pero queda incluido dentro de un lenguaje más global, diríamos más humano, en el que lo narrativo, lo poético y lo retórico son dominantes”.<sup>14</sup> No por casualidad “el Concilio comenzó ocupándose de la liturgia, es decir de ese ámbito de la vida de la Iglesia que se expresa en el lenguaje de las imágenes, el gesto, el canto (...)”.<sup>15</sup> Nos preguntamos: ¿cuál es el alcance de este nuevo estilo teológico conciliar?

Respondamos a esta pregunta escuchando a Pablo VI en el Discurso de Clausura:

[12] Pero conviene notar una cosa: el magisterio de la Iglesia, aunque no ha querido pronunciarse con sentencia dogmática extraordinaria, ha prodigado su enseñanza autorizada acerca de una cantidad de cuestiones que hoy compro-

13. G. LAFONT, *Imaginer l'Église catholique*, 85-86.

14. *Ibid.*, 87-88.

15. *Ibid.*, 95.

FERNANDO J. ORTEGA

meten la conciencia y la actividad del hombre; ha bajado –por decirlo así– al diálogo con él y, conservando siempre su autoridad y virtud propias, ha adoptado la voz fácil y amiga de la caridad pastoral, ha deseado hacerse oír y comprender de todos; no se ha dirigido sólo a la inteligencia especulativa, sino que ha procurado expresarse también con el estilo de la conversación corriente de hoy, a la cual el recurso a la experiencia vivida y el empleo del sentimiento cordial confieren una vivacidad más atractiva y una mayor fuerza persuasiva: ha hablado al hombre de hoy tal cual es.

Se puede entender esta decisión conciliar como “una suerte de conversión al hombre”, no ciertamente en el sentido de una adaptación o reducción de la doctrina de la fe a la medida del hombre moderno, sino como la búsqueda de un lenguaje dirigido a él de manera accesible y comprensible, invitándolo así de manera real, concreta y vital, a redescubrir su verdadera –y a menudo olvidada– estatura espiritual, su dimensión trascendente, invitándolo a la fe. El lenguaje que adopta el Concilio es el lenguaje de la Revelación, el lenguaje propio del testimonio divino, que busca interpelar y suscitar una adhesión que no es otra que la fe. Cuando Dios invita a Abraham a ponerse en camino, cuando Jesús llama a los discípulos a que lo sigan, no quedan dudas de que los compromete a realizar un viaje hacia algo nuevo, hacia un término aún no percibido con claridad, que por eso pide de ellos la fe, una fe confiada. En este sentido, análogamente, la recepción del Concilio, por su estilo mismo, por su lenguaje, no es concebible sino como pidiendo una *recepción en la fe*.

Privilegiar, como lo hizo el Concilio, los registros narrativo y poético del testimonio y de su recepción, sin por eso descuidar los planos dogmático y jurídico, implica una suerte de conversión al hombre, considerado en toda su complejidad, y no sólo en el plano de su aptitud al conocimiento verdadero y el actuar justo (...) De manera general se puede afirmar –dice Lafont– que esta nueva intelectualidad recobra dos dimensiones esenciales de la existencia humana: la sensibilidad y la relación (...) En la cuestión que nos interesa aquí, y que es la de la verdad de la fe y de su lenguaje, hay que aceptar, ante todo, el principio de *dejar espacio para el desarrollo del hombre* en los diferentes planos de lo psicológico y lo social, de lo sensible, de lo simbólico y lo relacional, *sin absorberlo inmediatamente en lo sobrenatural o lo eclesial*, es decir sin interpretarlo inmediatamente en términos de gracia y de pecado. Por otra parte, hay que tener en cuenta, en la interpretación de la fe, lo que significa desarrollar una nueva forma de *intellectus fidei*, menos «intelectual», más «humana»: conjurar una cierta forma de monofisismo intelectual, sin caer en el nes-

[EL CONCILIO VATICANO II: ACONTECIMIENTO ECLESIAL, TEOLOGAL, HUMANO]

torianismo de lo «humano demasiado humano». Entonces se podrá proyectar fructuosamente en todos los ámbitos la luz de la fe, de su simbólica, de sus ritos, lo que debería permitir comprenderlos mejor (impacto de la gracia y del pecado en todos esos fenómenos), a ellos y al hombre que los vive, y, allí donde fuese necesario, curarlos.<sup>16</sup>

Estas palabras de Lafont abren un amplio horizonte para nuestro estudio de la teología y para el humilde pero valioso servicio que ella puede brindar en la hora actual de la Nueva Evangelización. Al preparar esta reflexión acerca del Concilio como acontecimiento eclesial, teologal y humano, tuve muy presente la frase que acompañaba la imagen del Niño Jesús en la tarjeta navideña que distribuyó la Universidad el año pasado, y que decía: “Con este maestro, nada que sea humano nos es indiferente.” Hermosa idea, que me agrada aplicar también al Concilio: “Con este maestro, nada que sea humano nos es indiferente.” Así reitero, al iniciar el año académico 2012, mi deseo de que la nuestra sea siempre una Facultad de Teología admirativamente abierta al exceso del Dios siempre mayor revelado en Cristo y, *por eso mismo*, agregó ahora, una Facultad “experta en humanidad”, ya que “la paradoja cristiana es que la humanidad más humana ha sido y sigue siendo la del Hijo único de Dios”.<sup>17</sup>

Concluyo esta reflexión con las inspiradas e inspiradoras palabras que Juan XXIII pronunció en su lecho de muerte y que dicen admirablemente el alma del Concilio Vaticano II y, Dios así lo quiera, un programa para nuestra Facultad: “No es que el Evangelio cambie, somos nosotros que empezamos a comprenderlo mejor”.

FERNANDO J. ORTEGA

DECANO

FACULTAD DE TEOLOGÍA - UCA

05.03.12

16. Cf. G. LAFONT, *Imaginer l'Église catholique*, 98-101.

17. G. LAFONT, *L'Église en travail de réforme*, 94.

